

descripción artística, que sólo pueden obtenerse mediante amorosas recorridas por los parajes citados, con devoción de estudioso y emoción de poeta. Los rincones más gratos de la Italia pictórica y arquitectónica desfilan por este libro, animados por un soplo de humanidad, por el espíritu que sólo pueden prestarle la creación del escritor.

Podríamos suponer que la ligera trama de *Némesis* es apenas el recurso superficial con que Jorge Max Rohde disimula el propósito de darnos una visión del arte eterno, un panorama de los siglos de belleza, enriquecido con su cálida y amorosa descripción de trazos firmes en la pintura de las distintas épocas en las que su pupila se manifiesta atenta para descubrir los matices más sugerentes de cada motivo de la naturaleza y del artista.

En esto Jorge Max Rohde realiza su obra. El escritor que ama y cultiva la belleza en todas sus formas se perfila en cada rasgo de análisis, en cada uno de los cuadros que nos descubre, matizados con su propia emoción.



RECUERDOS DE LA INFANCIA, por
Julio Aramburu.

Si el autor de *Jujuy* no hubiera acreditado en cuatro o cinco libros anteriores sus innegables condiciones para la descripción de tipos y costumbres de tierra adentro, su nueva obra, *Recuerdos de la*

Infancia, vendría a suministrarnos esta impresión evidente. Es dueño este libro de méritos diversos. En general, la tarea de dar vida, agilidad y colorido a un conjunto heterogéneo de elementos, no suele ser siempre tarea fácil, salvada con éxito por quienes la intentan.

Temas de por sí amplios ofrecen a cada instante la peligrosa pendiente de lo difuso, de los matices vagos que nada expresan a fuerza de intentar sugerir; de las situaciones abstractas y vagas. No pocos de los escritores que en la Argentina cultivan la narración, utilizando los recursos de la vida provinciana, adolecen de esta esencial laguna. El anhelo de una pintura perfecta, fiel y expresiva, los conduce al buceo de almas, al análisis minucioso, cuando, en verdad, suelen bastar un trazo firme, un detalle sugestivo, una reflexión medular, para ofrecer la idea más cabal del tipo señalado, del paisaje descrito o de las costumbres narradas.

Julio Aramburu posee, además de la fidelidad que le presta su conocimiento directo de cuanto trata y comenta, las fundamentales cualidades requeridas al escritor: soltura, armonía, belleza. Muchos de los temas que sirven para el desarrollo de algunos trabajos de Aramburu podrán ser superficiales, carentes de un vigor propio que por sí solo reclame la atención del lector, pero todas sus páginas se distinguen por una nobleza de estilo y de expresión que hace de ellas una agradable labor estética.

Este nuevo libro de Julio Aram-

buru señala la presencia de las cualidades antes aludidas, las que se amplían en su valor si se piensa que los temas enfocados en estas páginas ofrecen indudables dificultades de realización. Nada más difícil, en efecto, que localizar y reflejar con claridad los lejanos episodios de la infancia, en la que fuéramos protagonistas o espectadores, pese a la nitidez con que ellos se encuentran grabados en el recuerdo o en la emoción. Amalgama de visiones e ideas, se impone sondear las propias imágenes, separar la hojarasca de lo superfluo para coordinar aquellos elementos de mayor relieve, de mayor hondura, los que sobreviven por su riqueza emotiva a la frágil existencia de un fugaz recuerdo.

Podríamos objetar que a los treinta años—edad aproximada del autor de este libro—resulta prematuro escribir los *Recuerdos de la Infancia*. En plena juventud, asomándose recién a la madurez creadora, el panorama del pasado yace envuelto aún en las líneas del impresionismo. No se ha cobrado la suficiente distancia para poder dirimir los verdaderos alcances de no pocos episodios que todavía hoy gravitan sobre nuestros actos o pensamientos. Pese a este reparo de mera apreciación objetiva, *Recuerdos de la Infancia* constituye un conjunto orgánico bien logrado, cuyas páginas adquieren un intenso relieve en su sencillez, que es belleza, y en la ligera emoción que encierran algunos relatos.

EL DESTINO DE IRENE AGUIRRE, por
Martín Aldao (hijo).

En París ha escrito Martín Aldao (hijo) esta novela utilizando para asunto y materia de la misma, los elementos que ofrece la existencia de la colectividad argentina radicada en Europa. Esta circunstancia concurre a destacar una cualidad inmediata en el conjunto de aciertos que ella acusa. Nos referimos a la pintura de tipos, a la descripción de los actores, con lo cual Aldao consigue proyectar, de inmediato, la idea de su pupila observadora, escudriñadora de un ambiente que no por serle familiar y conocido deja de tener dificultades para quien intente captar sus directrices.

Irene Aguirre, más que como figura central de un episodio novelesco de escasos contornos originales, mantiene despierta nuestra atención por la sutileza con que el autor nos conduce a través de los aspectos más sugestivos de su intensa vida interior. Igual juicio nos merece la pintura de Lady Durward y de Varik Castelli, a los que consigue perfilar con trazos sobrios que no descuidan sus rasgos de mayor relieve.

Hemos dicho que el argumento de *El Destino de Irene Aguirre* no es precisamente un dechado de novedad, lo que no impide que su lectura nos proporcione momentos de creciente interés. Una indudable agilidad y frescura de estilo concurren a robustecer la ya citada condición de sus pinturas, las que adquieren así mayor encanto y atractivo.

El estudio y conocimiento de la Roma artística, con sus museos y monumentos de renovada expresión de belleza, sugieren a la pluma de Martín Aldao (hijo) no pocas páginas bien logradas, las que muestran a su espíritu inclinado con evidente afecto a las manifestaciones del arte en sus fuentes más legítimas y en sus exponentes más altos. Cierta abundancia de referencias arqueológicas empaña la limpidez de algunos capítulos. Por momentos, el marco resulta demasiado amplio, de suerte que el paisaje ahoga la línea del episodio.

El Destino de Irene Aguirre constituye la obra primigenia de Aldao (hijo). Si ella no contuviera atisbos de vigor y aspectos parciales que revelan la presencia de estimables condiciones para la obra de imaginación en la que el autor se inicia, habríamos de señalarle con mayor insistencia los flecos que su lectura nos descubre. No podemos, por otra parte, olvidar que el autor de esta novela es un hombre joven, de escasos veintitrés años, y esta circunstancia no puede dejar de considerarse al apreciar los alcances de su obra.

Creemos que Martín Aldao (hijo) posee, en embrión algunas y desarrolladas otras, las cualidades requeridas a un novelista. De aquí que deseemos que sus obras futuras nos lo muestren más cerca de nuestro medio, de la realidad social que nos circunda y de los problemas propios. La novela argentina sigue necesitando y esperando la contribución de quienes-

poseedores de talento y capacidad creadora, realicen la tarea de enriquecer el escaso acervo de producciones que contemplen los vastos y sugerentes motivos que se extienden en torno nuestro y que constituyen el eje de nuestras impresiones e inquietudes cotidianas.

El Destino de Irene Aguirre podrá poseer méritos estimables y podrán también tenerlos todas las producciones que, como ésta, se inspiren en paisajes ajenos a los del medio ambiente, aun cuando sus personajes guarden relación con nuestros hábitos, hablen nuestro idioma y finquen en el país sus intereses, pero su trascendencia será limitada y reducida, por lo mismo que sólo enfocan un aspecto estrecho del panorama social.

Escuche Martín Aldao (hijo) el fragor de la vida en sus modulaciones más vitales; inclínese a observar los afanes, inquietudes y dolores colectivos; pulse el grado de los anhelos y alegrías de quienes fecundan las matrices del progreso e inspire en el espectáculo dinámico y vitalizador de cada día su labor literaria. Cuando así lo haga, subsanados por la experiencia y la observación los errores de su primera novela, Martín Aldao (hijo) nos ha de brindar producciones en las que el vigor y la enjundia del motivo se aliarán a la soltura de su forma y de su estilo.

EVARISTO CARRIEGO, por *Jorge Luis Borges*.

Después del documentado tra-